

SABIDURÍA Y SABIOS

P. Fernando Torre, MSPS

Tener sabiduría no equivale a adquirir conocimientos científicos o acumular títulos universitarios; no es cuestión de capacidad intelectual ni de recibir el premio Nobel.

La sabiduría de la que habla la Biblia —a diferencia de la sabiduría griega— es la capacidad para dirigir la propia vida, para realizar el proyecto de Dios, para ser feliz. Esta sabiduría se opone a insensatez, negligencia, imprudencia, maldad, falta de dominio propio.

La persona sabia tiene ideas claras respecto de sí misma y de lo que hay que hacer para vivir bien. Y lleva a la práctica esas ideas.

Una persona sabia está en paz consigo misma. Respeta la naturaleza y cuida las cosas; convive en armonía con los demás. Sabe trabajar bien y le haya gusto a lo que hace. Disfruta de la amistad con Dios y se deja conducir por él.

Puede ser sabio un joven o un anciano, una analfabeta o una profesora de universidad, alguien que vivió hace tres mil años o un contemporáneo nuestro. El sabio desea aprender de todos, descubre las oportunidades para ser mejor. Le saca provecho a cualquier circunstancia, se adecúa a la realidad, agradece cada momento, vive el presente. El sabio saborea la vida.

Porque tiene un profundo conocimiento de sí mismo, porque se ha reconciliado con sus sombras y sabe escuchar sin juzgar, el sabio es capaz de ayudar al otro a entrar en el misterio de su persona y de motivarlo a vivir sabiamente. Por eso, para pedir un consejo, recurrimos a una persona sabia.

Esforcémonos por adquirir la virtud de la sabiduría; pero, como también es un don, pidámoslo al Espíritu Santo.

«Yo les enviaré profetas, sabios y escribas», nos dice Jesucristo (Mt 23,34). ¿Y para qué quiere enviarnos sabios?

Antes de responder, digamos que en la Biblia encontramos dos sentidos de la palabra “sabio”: *el sabio de este mundo* (cf. Mt 11,25), que podemos identificar con una persona intelectual, erudita, un científico o investigador; y *el sabio según Dios* (cf. 1Co 3,18); una persona que tiene experiencia de Dios, de sí misma y de la condición humana.

El sabio según Dios va adquiriendo sabiduría por el estudio y la escucha. Salomón es el prototipo del sabio (cf. Mt 12,42); en su oración pedía a Dios: «Concédeme un corazón que escuche» (1Rs 3,9). El sabio escucha su propia conciencia, a los demás, al mundo y, sobre todo, escucha a Dios.

El sabio va adquiriendo sabiduría, más que por los años vividos o por los acontecimientos en que ha participado, por la reflexión que hace. El sabio medita sobre lo vivido, lo escuchado, lo experimentado, y así obtiene aprendizajes.

Con su palabra oral o escrita, el sabio orienta, corrige, anima, confronta. Con sencillez y generosidad transmite sus enseñanzas. El sabio es una persona que sabe aconsejar, que tiene autoridad moral por su coherencia de vida.

Volvamos a la pregunta: ¿para qué quiere Jesús enviarnos sabios? Para que nos ayuden a discernir entre el bien y el mal; a vivir bien, conforme al proyecto de Dios; a encontrarle un sentido a la vida, en especial al sufrimiento; para que podamos disfrutar las relaciones, el trabajo, la vida... y seamos felices.

Qué bendición de Dios es habernos encontrado con personas sabias que nos han ayudado, llámese director espiritual, terapeuta, gurú o coach. Y qué gracia, el haber tenido la confianza de abrirles nuestro corazón y de acoger sus consejos, cuestionamientos o enseñanzas.